

JAVA AS
LO PROMETISTE



Áurea Ediciones

Capítulo 1

—No es justo, Peter, siempre que me toca a mí me asustas —dije, caminando muy lentamente—. Por favor, no me asustes.

Estábamos en la sala de juntas, conocíamos el lugar de memoria. Él no me respondió, pero decidí confiar en él. Moví las cortinas que llegaban al suelo, para descartar que estuviera ahí. Miré debajo de los sitiales.

—Peter, tengo miedo. No me asustes, por favor —volví a suplicar.

Caminé despacio, quería estar preparado ante cualquier sorpresa.

—¡Aquí estoy! —gritó, parándose detrás de mí. Salté del susto.

—Te odio, siempre haces lo mismo, te pedí que no lo hicieras. —Volteé y comencé a golpearlo en el pecho.

Él era dos años mayor que yo, un poco más alto, pelo negro liso, ojos grandes y redondos, sonrisa encantadora. Lo admiraba enormemente.

—Bebé, por favor, no llores —dijo, limpiándome las lágrimas del rostro—. Discúlpame, prometo no volverlo a hacer.

—No te creo, siempre me dices lo mismo, ya no quiero ser tu amigo. —Intenté alejarlo de mí, pero él me abrazó con fuerza.

—Bebé, lo siento mucho, de verdad. Perdóname, no me odies.

Nos habíamos conocido cuando tenía seis años, ahí mismo, en la compañía. Peter se había acostumbrado a llamarme Bebé, solo cuando no estábamos solos me decía Patric.

—Está bien, pero no lo vuelvas a hacer —mi voz aún temblaba.

Él comenzó a soltarme de a poco. Peter tenía doce años, era un niño, pero siempre que actuaba así parecía que tenía muchos más. Me limpió las últimas lágrimas de mis mejillas y me sujetó para que lo viera directamente.

—Bebé, no me olvides, por favor —su tono comenzó a sonar más serio.

—¿Por qué dices eso? —Algo comenzaba a hormiguear en mi estómago.

—Bebé, promételo —No me soltaba.

—Peter, me estás asustando —confesé y vi cómo una lágrima salió de su rostro.

Acercó su cara a la mía y sus labios tocaron la comisura de mis labios. La puerta se abrió de golpe y tía Victoria se asomó.

—Chicos, dejen de jugar. Peter, nos vamos —sonaba algo irritada.

—Patric, no olvides lo que te dije —me recordó antes de caminar hacia su madre.

Me quise mover, deseaba correr hacia él, deseaba detenerlo. Tenía una masa gris que pegaba mis pies al suelo, esa misma masa tapaba mi boca. Poco a poco esa masa me rodeaba por completo, no me podía mover, no podía respirar. Peter comenzaba a salir de la sala. Las luces se apagaban y la masa me había cubierto por completo.

—¡Peter! —grité, estirando mi brazo.

Estaba en mi cuarto, las luces apagadas. Sentía que el corazón se me iba salir del pecho. Escuché los pasos de Vicente, venía corriendo.

—¿Patric, estás bien? —preguntó agitado, abrió la puerta de golpe.

Prendió las luces y me observó. Se sujetó el pecho en señal de alivio.

—¿Ese sueño otra vez? —Se acercó a mí y se sentó al borde de la cama.

Sujeté mi frente con desesperación.

—Patric, llevo viviendo contigo desde que estudiamos juntos en la universidad y he notado que este último tiempo, has tenido ese sueño más seguido —sonaba calmado.

—Estoy bien. ¿Qué hora es? —pregunté, restregando mi rostro con mis manos, restándole importancia.

—Las seis —contestó.

—Preparémonos y vayámonos antes a la compañía, hoy tenemos el acuerdo especial de la fusión de empresas, será mejor estar listos antes —sugerí.

—Ya comenzaste a hablar como jefe —sonrió y se puso de pie de inmediato—. Tío Roberto... digo, su padre llegará a las doce a la empresa, tiene un almuerzo con

él, luego los empresarios de la compañía VAS llegarán a las dos, para la reunión.

—No exageres Vicente, no hemos llegado a la empresa aún —reí.

—Tú te pusiste modo trabajo, así que yo igual, por algo soy el mejor amigo y asistente que pudiste encontrar —comentó riendo.

—Que adopté dirás —corregí—. Estás conmigo todo el día, eres como mi hijo.

—Que no puedas vivir sin mí, no es un problema, al contrario, es una oportunidad. Hospedaje, comida, transporte, todo gratis —dijo y abrió las cortinas de mi cuarto para que comenzaran a entrar las incipientes luces del amanecer—. Ni te imaginas cuánto he ahorrado para alejarme de ti y no verte más.

—No te rías de mí, donde conseguiría un mejor asistente. —Me puse de pie para abrazarlo—. Eres el mejor, Vicente...

—Ya, ya, ya... Tener esos sueños te hacen muy blando al despertar —añadió—. Ya que aún no comienza mi jornada laboral... Uno, dos...

Nos soltamos y caminé hasta la entrada de mi cuarto.

—¡Tres! —gritó y salió corriendo.

Busqué mi toalla y entre corriendo a la ducha. Solíamos competir, quien terminara último en estar listo debía preparar el desayuno. Berta, la señora que nos ayudaba con la comida se reía, ya que decía que ella podía hacerlo, pero al final, a la fuerza, se acostumbró a nuestros juegos de niños. Costumbres que nos quedaron de nuestra época de estudiantes.

Vivíamos en casa de mis padres, pero como ellos pasaban la mayor parte del tiempo fuera del país, por trabajo y por comodidad de mi madre, venían una o dos veces al año.

Ellos adoraban a Vicente, incluso, en nuestra época de universidad, apostarían que creían que éramos novios, ya que él venía de una familia humilde y siempre lo ayudé, mis padres creían que era por interés amoroso, así que comíamos y vivíamos juntos en la facultad.

La verdad es que Vicente no era de mi gusto, aunque era más bajo que yo, rubio, ojos claros, piel bronceada, cumplía con todos los estándares de belleza occidental, yo jamás lo miré con otros ojos.

Con él tenía una confianza única, podía decirle todo lo que pensaba y no me juzgaría jamás, lo mismo pasaba con él, me contaba con lujos y detalles cuando regresaba de sus salidas nocturnas.

Eso cuadraba perfecto con que fuera mi asistente en la empresa, muchas veces no hacía falta hablar para saber lo que pensábamos, y sin duda agilizaba las cosas.

Papá acostumbraba a decir que sin Vicente yo no sería capaz de manejar todo tan bien, así que favor que nos pedía para sus padres, lo hacíamos en seguida.

Salí de la ducha con la toalla amarrada a mi cadera. Me peiné mirando mi reflejo en el espejo. Era difícil acomodar mi cabello, después de la ducha era dócil, pero cuando se secaba, adquiría un volumen que parecía que jamás me hubiera peinado.

Vicente lo odiaba, ya que mi madre le enseñó a que el presidente de la empresa debía estar siempre perfecto, así que traía una peineta y un gel en su bolso.